

INDICADORES ARQUEOLÓGICOS DE LA PRESENCIA INDÍGENA EN LAS COMUNIDADES FENICIAS DE ANDALUCÍA

por Juan Antonio Martín Ruiz

INTRODUCCIÓN

Si durante las últimas décadas la investigación del mundo fenicio, y su influencia sobre las comunidades indígenas asentadas en esa época en Andalucía, han merecido un enorme interés por parte de los investigadores, no ocurre lo mismo, por desgracia, con la presencia, por otra parte generalmente admitida, de elementos indígenas dentro de las poblaciones de origen semita que se instalaron en el litoral de esta región.

Creemos que ello se debe, en gran medida, a la dificultad que existe para inferir esta presencia en el propio registro arqueológico que nos ha proporcionado la excavación de los diversos yacimientos fenicios conocidos. Nuestra pretensión al elaborar estas líneas es intentar discernir una serie de posibles elementos, documentados en dicho registro, que puedan permitirnos comenzar a esbozar, sobre bases algo más seguras, qué restos arqueológicos pueden atribuirse a la acción de unos componentes humanos, de procedencia autóctona, que conviven con una población foránea. Por nuestra parte, nos centraremos sobre todo en el período de tiempo comprendido entre los siglos VIII a VI a. C., si bien examinaremos también lo acontecido durante los siglos V y IV a. C. cuando pueda facilitarnos la comprensión de lo sucedido en fechas anteriores, o permitirnos ilustrar con mayor detalle alguna de las cuestiones aquí abordadas.

Hasta el momento son muy escasos los hallazgos efectuados, dentro de contextos bien definidos en el interior de los enclaves coloniales, que se han vinculado, de forma directa, con esta presencia indígena, exceptuando algunos ítems arqueológicos muy concretos que veremos enseguida. Así, en Cádiz, más exactamente en la Plaza de Asdrúbal, se excavó una sepultura en la que la inhumación se depositaba sobre su lado izquierdo, con piernas y brazos flexionados. El cadáver, sin ajuar alguno, se cubría con grandes fragmentos de ánforas fenicias de fecha anterior al siglo VI a. C. (Corzo, 1992: 270), aunque

tampoco resulta suficientemente claro su carácter autóctono. Mayor seguridad existe en el caso de Almuñécar, donde F. Molina (1987: 306) excavó, en la Cueva de los Siete Palacios, un estrato de habitación, el nivel III, con viviendas de piedra y adobe y sólo un 2% de material fenicio a torno, conjunto datable en el siglo VIII a. C. que adscribió, sin ningún género de dudas, a un Bronce Final indígena coetáneo de los primeros momentos de la colonización. En Casa de Montilla, también en el siglo VIII a. C., se admite, del mismo modo, la existencia de abundantes hallazgos relacionables con poblaciones indígenas asentadas allí antes de que hicieran acto de presencia los colonizadores fenicios (Schubart, 1990: 205), si bien es, sin duda alguna, en la necrópolis almeriense de Villaricos donde se ha planteado esta posibilidad con mayor grado de explicitación, al asignar diversos autores (Chapa et alii, 1993: 417-418) los grupos III de Siret y I de Astruc, fechados a partir del siglo V a. C., a incineraciones ibéricas dentro de esta necrópolis fenicia, que alcanzan los trescientos enterramientos.

A continuación expondremos una serie de posibles indicadores arqueológicos que, creemos, pueden atribuirse al mundo indígena, los cuales podrían permitirnos constatar en un futuro próximo, con una mayor precisión, esta presencia autóctona dentro de los yacimientos fenicios ubicados en la costa andaluza.

LOS INDICADORES ARQUEOLÓGICOS

El primero de los posibles indicadores que sugerimos sería la fíbula (Martín, 1995: 157). Es éste un utensilio, relacionado con la vestimenta, que no abunda en los yacimientos fenicios, ya sean éstos zonas de hábitat o de enterramiento, así como en sus santuarios. Con anterioridad al siglo VI a. C., encontramos fíbulas de doble resorte en Trayamar –figura 1– (Schubart, Niemeyer, 1976: 225-227), Jardín (Schubart, Maass-Lindemann, 1995: 152), Chorreras (Gran-Aymerich, 1981: 353) y Puente de Noy (Molina et alii, 1982: 193), siempre en muy reducidas cantidades. Ya en fechas más recientes vemos nuevos tipos de fíbulas, como son las anulares hispánicas y de La Tène I, en puntos como Cádiz (Quintero, 1918: 8), Gibraltar (Culican, 1972: 131), Puente de Noy (Molina et alii, 1982: 192-193; Molina, Huertas, 1985: 150-151) y Villaricos (Astruc, 1951, láms. XX, XX-XII y XLIII).

Aunque el origen de algunos de estos tipos de fíbulas, en especial la de doble resorte, ha sido un tema bastante controvertido, hoy parece fuera de toda duda que tales objetos son oriundos de la Península Ibérica (Delgado, 1988: 526-529). Más clara es, en cambio, la atribución de las restantes fíbulas halladas en estos yacimientos, como son la anular hispánica, originada en el mundo ibérico (Cuadrado, 1963: 47-57), y las pertenecientes a La Tène I, creadas en la Meseta, sobre las que no nos extenderemos en demasía al ser sobradamente conocidas.

Una faceta que puede arrojar alguna luz en este campo es la indumentaria de los fenicios de la que, por desgracia, sabemos muy poco, y menos aún si nos ceñimos al área andaluza. No obstante, parece que sus vestidos consistían en una larga túnica, a veces no tan larga (Harden, 1985: 127-128), que no necesitaría de fíbulas o pasadores, lo que

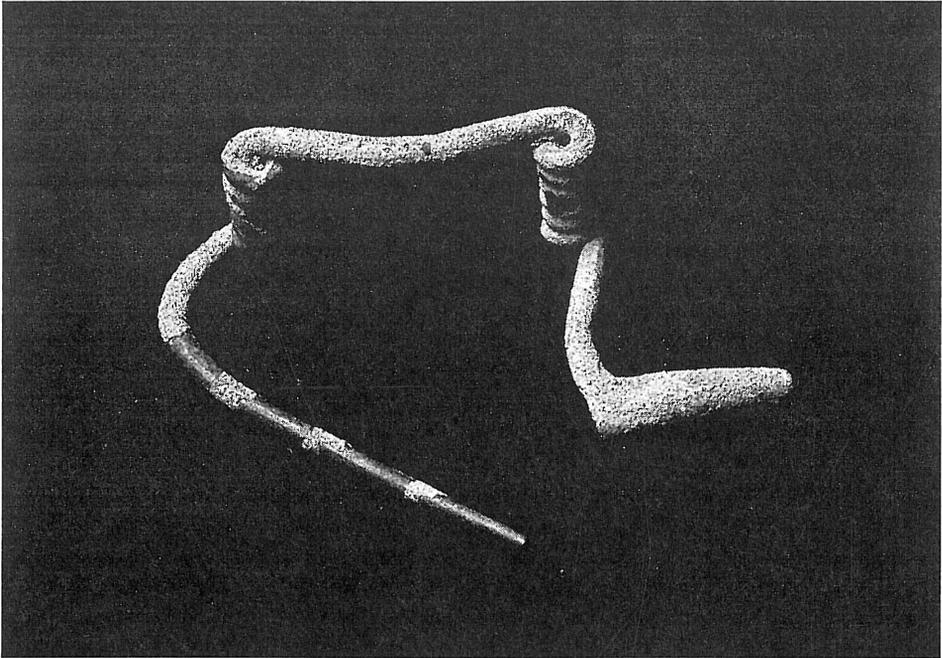


FIGURA 1. Fíbula de doble resorte procedente de Trayamar (Fuente: D. Sedeño)

vendrían a confirmar los dos sarcófagos antropomorfos descubiertos en Cádiz, ambos del siglo V a. C., tanto en lo que respecta a la decoración esculpida en sus cubiertas, como a los restos textiles recuperados del interior del sarcófago femenino (Alfaro, 1983: 285-286), estos últimos posiblemente también importados de Oriente.

En consecuencia, no parece descabellado suponer que estas fíbulas que, como recuerdan R. Corzo (1992: 277), H. Schubart y G. Maass-Lindemann, (1995: 152), son elementos muy poco habituales en las necrópolis fenicias, nos hablen bien de la presencia directa de contingentes poblacionales indígenas, no muy numerosos si hemos de atenernos al volumen de este tipo de artefactos conocidos hasta el presente, o bien de la asimilación por parte de los fenicios de vestimentas o ropajes propios de otros ámbitos, en este caso el indígena.

Ya sugerimos en una ocasión que otro de estos indicadores podría ser la presencia de industria lítica en algunos de estos yacimientos (Martín, 1995: 157). Así, la excavación efectuada en la C/ Concepción Arenal de Cádiz, proporcionó una serie de restos que poseen un gran interés de cara a examinar esta cuestión, pues en este punto se documentó un abundante utillaje lítico que alcanzaba hasta el 80% del material exhumado, consistente en restos vinculables con el proceso de talla, como son los núcleos y las pequeñas láminas, además de algunos microlitos, puntas de flecha y una azuela pulimentada, conjunto que ha sido fechado en el siglo VIII a. C. (Blanco et alii, 1995; Muñoz, 1996: 80).

De época posterior, siglos V-IV a. C., son algunos útiles líticos procedentes de tres áreas de enterramiento, como son Cádiz, Puente de Noy y Villaricos. En el caso gaditano, resulta bastante difícil determinar sus características, al tratarse de excavaciones antiguas (Quintero, 1933: 11); sabemos, eso sí, que se trata de elementos de carácter microlítico. La necrópolis granadina de Puente de Noy facilitó, en las sepulturas 5 y 33 de la zona B, útiles de pequeño tamaño, fabricados en cristal de roca y sílex cubiertos con una fuerte pátina (Molina et alii, 1982: 45-51 y 74-78). Por lo que respecta a la última de las necrópolis aludidas, Villaricos, L. Siret (1985: 79) publica alguna pieza de sílex, sin indicar más datos sobre la misma.

Desde nuestro punto de vista, la presencia de útiles líticos puede considerarse como un hecho atribuible, más que a elementos adquiridos en un ámbito indígena, como puede ocurrir por ejemplo con las fíbulas ya comentadas, a la existencia de grupos indígenas asentados en estos lugares, en este caso Cádiz, sobre todo si tenemos en cuenta que se trata de restos de talla, lo que impide que puedan ser considerados como artefactos elaborados por los fenicios que habitaron Gadir, a no ser que quiera admitirse un aprendizaje de las técnicas de talla del utillaje lítico por parte de éstos, para lo que, previamente, habrá que explicar la introducción de esta novedad tecnológica ya en desuso por esas fechas en el mundo fenicio.

Bastante más complicado sería interpretar la presencia de este tipo de hallazgos en las tumbas, aun cuando las explicaciones ofrecidas han apuntado su posible uso como adorno (Molina et alii, 1982: 197-198), dado que no parece ser factible determinar si se trata de enterramientos indígenas o bien de fenicios que se acompañan en su ajuar con unos objetos bastante extraños respecto a lo que suele ser la norma en sus sepulturas (Ramos, 1986: 93-108).

Tampoco es nada habitual la presencia en las necrópolis fenicias de recipientes rituales con asas de mano, ya que solamente tenemos constancia del descubrimiento de una pieza de este tipo en una única sepultura de carácter oriental, más exactamente la tumba núm. 1 de Cerro de San Cristóbal, en Almuñécar (Pellicer, 1963: 11-12), en cuyo interior se recogió un asa de uno de estos objetos de metal. Lo cierto es que estos hallazgos son muy corrientes en los enterramientos tartésicos (Martín, 1995: 163), como La Joya, Bencarrón, Acebuchal, y un largo etcétera, en especial los más suntuosos, donde aparecen acompañados de otros artefactos metálicos (jarros, quemaperfumes...) sobre los que no nos extenderemos en este trabajo, pues lo que aquí nos interesa remarcar es que nos encontramos ante una tumba fenicia, curiosamente doble al contener un adulto y un infante (el recipiente se asociaba al primero), que contenía un artefacto que suele aparecer de forma abrumadora en contextos funerarios indígenas.

Uno de los elementos más complejos a la hora de facilitarnos información sobre el tema que nos interesa es la cerámica y, muy especialmente, la confeccionada a mano, y ello es así, en parte, debido a la escasa atención que se le ha venido otorgando hasta fechas relativamente recientes, así como por la dificultad que su análisis plantea, sobre todo a la hora de diferenciarlas de otras consideradas como fenicias, según veremos más adelante.

Ésta comprende varios grupos: cerámicas con decoraciones pintadas, excisas, incisas, grises o, más genéricamente, de cocción reductora, y sin tratamiento alguno, grupos

en los que nos detendremos a continuación (figuras 2 y 3), a fin de examinar la problemática concreta de cada uno de ellos, para valorar también otras producciones a torno, algunas fechadas ya a partir del siglo V a. C., turdetanas o ibéricas, que pueden atribuirse igualmente a manufacturas indígenas.

Lo cierto es que, hasta el presente, no es posible cuantificar el volumen de la cerámica a mano exhumada en los yacimientos fenicios, pues los escasos datos que tenemos proceden de sondeos o espacios muy limitados, con variaciones cronológicas muy acusadas, por lo que deben ser tomadas con prudencia. Aun así, pueden ser bastante orientativos respecto a lo escaso de su frecuencia en estos enclaves, al menos en lo que hace referencia al siglo VI a. C., pues en el área destinada a un taller alfarero excavada en el Cerro del Villar, la cerámica a mano representaba solamente el 1,34% (Barceló et alii, 1995: 169), mientras en Málaga, para la misma fecha, no alcanza el 1% del volumen total de material recuperado, ya sea en el área del Teatro romano-La Alcazaba, con un 0,8% (Gran-Aymerich, 1991: 58-60), o en el Colegio de San Agustín, donde llega al 0,68% (Recio, 1990: 65), cifra aún menor si tenemos en cuenta que esta cantidad incluye las toberas, obviamente hechas a mano, aunque no por ello deben considerarse, necesariamente, como indicadores de una presencia indígena.

Sin embargo, por lo que respecta al siglo VIII a. C., los datos varían sustancialmente, hasta el punto de que en el caso de Almuñécar, el nivel III de la Cueva de Siete Palacios, al que ya hicimos mención (Molina, 1987: 301), facilitó un material indígena que suponía hasta el 98% del total, mientras en Casa de Montilla llega a alcanzar la octava parte (Schubart, 1990: 202).

Del mismo modo, sabemos que en el Castillo de Doña Blanca la cerámica a mano alcanzaba un porcentaje próximo al 10% para el siglo VII a. C. (Ruiz, 1992: 297), sin que conozcamos los datos referentes a los siglos anterior y posterior, si bien este porcentaje parece ser mucho más elevado si nos referimos al siglo VIII y disminuir considerablemente durante el siglo VI a. C.

No debemos olvidar, pues, que estos datos proceden en su mayor parte de niveles de varios yacimientos fechados entre los siglos VIII y VI a. C., sin tener presente las restantes etapas de cada enclave, y solamente para Toscanos se ha publicado el porcentaje de esta cerámica a lo largo de la vida del yacimiento, si bien únicamente se ofrecen los datos correspondientes a una campaña, la de 1967, pues en la de 1971 se publica el porcentaje de esta cerámica respecto al volumen total de material existente, el 4,9%, sin tener en consideración la secuencia estratigráfica completa (Schubart, Maass-Lindemann, 1984: 69). Como decimos, en dicha campaña la cerámica a mano pasa de un 18,46% en el nivel I, fechado en el siglo VIII a. C., a un 2,32% en el nivel V, este último también del siglo VI (Niemeyer, 1982: 114-115), por lo que vemos cómo coincide con los datos proporcionados por otros lugares en el sentido de mostrar una tendencia hacia una progresiva disminución de las cerámicas hechas a mano en estos enclaves desde el siglo VIII.

En cualquier caso, resulta claro que la cerámica a mano es bastante escasa en los asentamientos fenicios, sobre todo en sus momentos finales, por no hablar de sus necrópolis, donde apenas aparecen, a no ser en el relleno de alguna sepultura, lo que dificulta incluso determinar su pertenencia a estos siglos, como ocurre en Jardín (Schubart, Maass-Lindemann, 1995: 161-162).

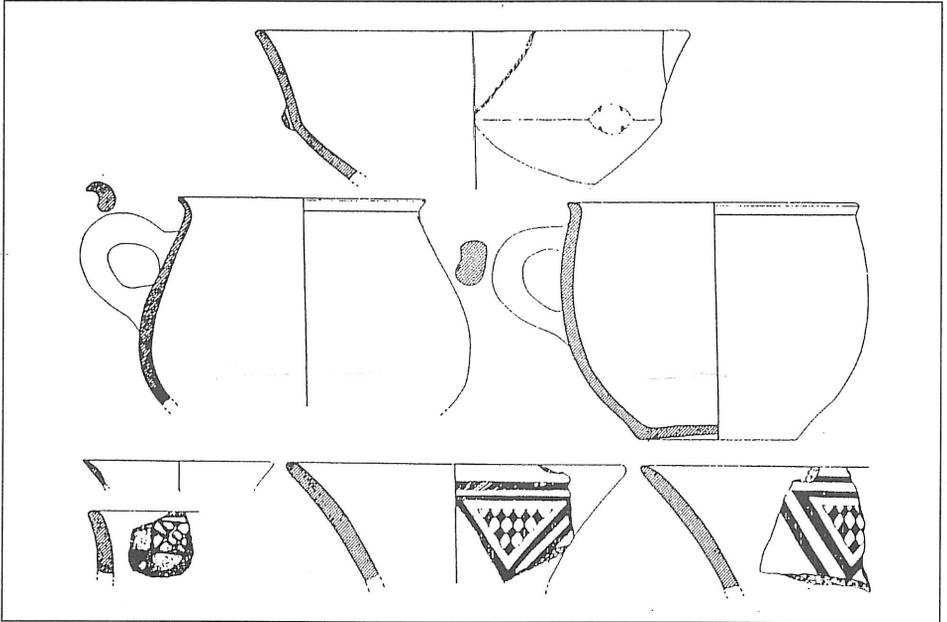


FIGURA 2. Cerámicas a mano procedentes de Morro de Mezquitilla (Fuente: H. Schubart)

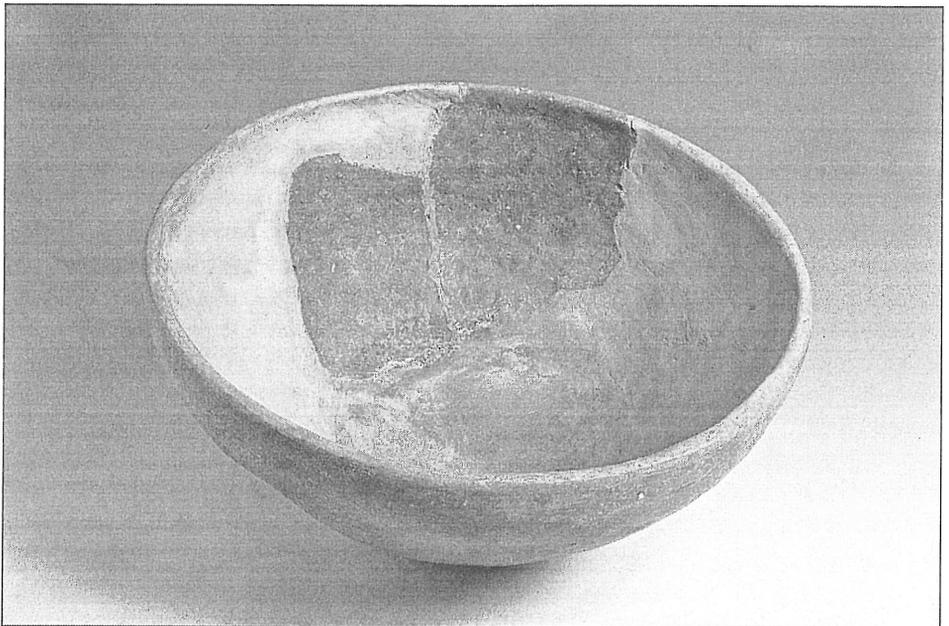


FIGURA 3. Cuenco a mano de Toscanos (Fuente: D. Sedeño)

Dentro de la cerámica a mano pintada, hallamos siete fragmentos y tres vasos completos, con distintas características, que pueden englobarse en dos grupos diferentes. El primero incluiría tres fragmentos decorados con motivos geométricos procedentes del nivel III-IV de Morro de Mezquitilla, probablemente un soporte en forma de carrete, fechado en el siglo VII a. C., así como otros dos fragmentos pintados y un cuenco casi completo (Schubart, 1979: 202-203, figs. 15 f-g; 1985: 165-166, figs. 14 c-e), y que nosotros creemos pertenecen, por su decoración, a la denominada cerámica tipo Carambolo (Bue-ro, 1984: 352-364) o Guadalquivir I (Ruiz, 1984-85: 226-228), como ya sugirió A. Caro para los tres primeros (1989: 271), materiales que, sin el menor género de dudas, integran el elenco cerámico propio del mundo tartésico, máxime si tenemos en cuenta la tipología de las piezas procedentes de Morro de Mezquitilla. En efecto, el soporte en forma de carrete, de aspecto esbelto, está documentado en las producciones indígenas del sur peninsular con anterioridad a la llegada de los fenicios, al menos desde la Edad del Cobre, en claro contraste con los soportes fenicios, más bajos y macizos (Gasull, 1982: 72-77 y 81), de manera que se trata, sin duda alguna, de una forma indígena, muy alejada de los prototipos orientales.

El segundo grupo estaría integrado por un fragmento del Cerro del Villar (Arribas, Arteaga, 1975: 101, fig. IIIb), hallado en superficie, y otro de la Terraza II del Cerro del Peñón, datable entre finales del siglo VII y principios del VI a. C. (Niemeyer et alii, 1988: 168, abb.8, h), así como por dos ánforas del siglo VI a. C., procedentes de Villaricos (Murillo, 1989: 158), con decoraciones que las acercan a las cerámicas pintadas denominadas «orientalizantes», adornadas con motivos figurados animales o vegetales y geométricos, por lo general polícromos (Remesal, 1975: 3-15), término quizás no muy afortunado (Aubet, 1982: 217), y que son muy abundantes en un buen número de yacimientos del interior de Andalucía, sobre todo en la cuenca media del Guadalquivir, en especial Córdoba y Sevilla (Murillo, 1989: 158-159; Pachón et alii, 1990: 215-239).

También se han recuperado un fragmento cerámico a mano procedente de Morro de Mezquitilla, que podemos situar hacia el 700 a. C. (Schubart, 1979: 199 y 203), y otro en Salobreña (Molina, Arteaga, 1976: 205), los cuales, por su decoración excisa, deben incluirse dentro de las manifestaciones más genuinas del horizonte Cogotas I, cuyo origen se encuentra en la Meseta.

Mucho más difícil resulta establecer el posible carácter indígena de un fragmento con decoración figurada incisa que ofrece un motivo antropomorfo, y que fue recogido en superficie en el Cerro del Villar (Aubet, Carulla, 1987: 427), dado lo escasamente que se ha estudiado esta clase cerámica. De cualquier forma, no debemos olvidar que la mayor parte de los hallazgos de este tipo, salvo el del Cerro del Villar, se producen en yacimientos tartésicos, como Huelva, Cruz del Negro, Setefilla o Cástulo (Remesal, 1975: 10-11; Pachón et alii, 1989-90: 210), por lo que parece debe vincularse con dicho ámbito.

Otras cerámicas a mano que suelen aparecer en los yacimientos fenicios comprenden las producciones grises, en ocasiones bruñidas, cubiertas de almagra o con motivos incisos, y sin ninguna decoración, las cuales están presentes en Cádiz (Perdigones et alii, 1987: 41), Castillo de Doña Blanca (Ruiz, 1992: 295), Cerro del Prado (Urreich et alii, 1990: 238), Gibraltar (Culican, 1972: 128-129), Casa de Montilla (Schubart, 1990: 210-224), Cerro del Villar (Aubet, 1992: 304), Málaga (Gran-Aymerich, 1991: 61-62), Toscanos-Peñón

(Schubart et alii, 1969: 139), Morro de Mezquitilla (Schubart, 1984: 94), Chorreras (Aubert et alii, 1979: 117-121), Almuñécar en su zona de asentamiento (Molina, 1983: 22; 1984: 115-117), Salobreña (Arteaga et alii, 1992: 56) y Abdera (López et alii, 1991: 984). Las formas comprenden soportes en forma de carrete, fuentes, vasos acampanados o «à chardon», cuencos y cazuelas, sobre todo carenadas, copas, alguna lucerna de tipología fenicia, cucharas, platos y ollas, siendo precisamente estas últimas las que presentan los mayores problemas de adscripción en uno u otro sentido, como tendremos ocasión de comprobar.

Lo cierto es que, desde el punto de vista tipológico, la mayor parte de las formas mencionadas, salvo las lucernas, son fácilmente encuadrables dentro del repertorio cerámico indígena del Bronce Final precolonial cuando menos, o incluso de raigambre más antigua, la Edad del Cobre, como vimos que ocurría con los soportes de carrete, al igual que sucede, por ejemplo, con los cuencos, vasos acampanados y cazuelas carenadas (Ruiz, 1995: 267, 273 y 276).

Este hecho ha sido comúnmente admitido por los investigadores, razón por la cual desde las primeras excavaciones emprendidas por los miembros del Instituto Arqueológico Alemán (Schubart et alii, 1969: 139-140), se contempló su carácter no fenicio, valoración que no ha cambiado sustancialmente en los últimos años (López et alii, 1991: 987-988; Martín Ruiz, e.p.), aunque el significado de su presencia siga siendo objeto de debate.

Sin embargo, no ocurre lo mismo con una de las formas cerámicas a mano que citamos con anterioridad, las ollas, una de las más abundantes por otra parte, a veces decoradas con incisiones o digitaciones, pues a partir de la década de los ochenta se han publicado una serie de ollas, procedentes del Cerro del Villar (Barceló et alii, 1995: 169), Toscanos, Morro de Mezquitilla –figura 4– (Schubart, 1985: 160-162) y Almuñécar (Molina, 1984: 108 y 116; Molina, Huertas, 1986: 129), que han sido dadas a conocer como producciones a mano hechas por alfareros fenicios.

Se ha propuesto que estas ollas a mano, al ser muy resistentes al calor, pudieron ser fabricadas por los fenicios para determinadas actividades, como la alfarera (Barceló et alii, 1995: 169), lo que nos llevaría a considerar la funcionalidad de estos vasos como indicio de su adscripción cultural. Así, se podría valorar como un elemento esencial, a la hora de atribuir estas ollas a mano a producciones fenicias, su elevada resistencia a la acción del fuego, lo que haría que otros objetos relacionados con la metalurgia (platos perforados, toberas, coladores...), fuesen fabricados también a mano.

Ahora bien, este extremo no parece que pueda aplicarse a las demás ollas a mano, consideradas fenicias, procedentes de los restantes establecimientos ya mencionados, pues la doble finalidad propuesta por H. Schubart (1985: 160) para las ollas de Morro de Mezquitilla es que pudieron servir como ofrendas o bien corresponder a recipientes destinados al almacenaje de productos alimenticios, teniendo en cuenta que una de ellas guardaba aún en su interior huesos de oveja y cabra, en tanto este aspecto no se alude explícitamente en lo tocante a las provenientes de Toscanos y Almuñécar, si bien hemos de suponer, por los contextos en que aparecieron, que debieron ser empleadas en labores domésticas, lo que hace que no pueda negarse el que, tal vez, estuviesen destinadas a ser colocadas sobre las brasas de los hogares.

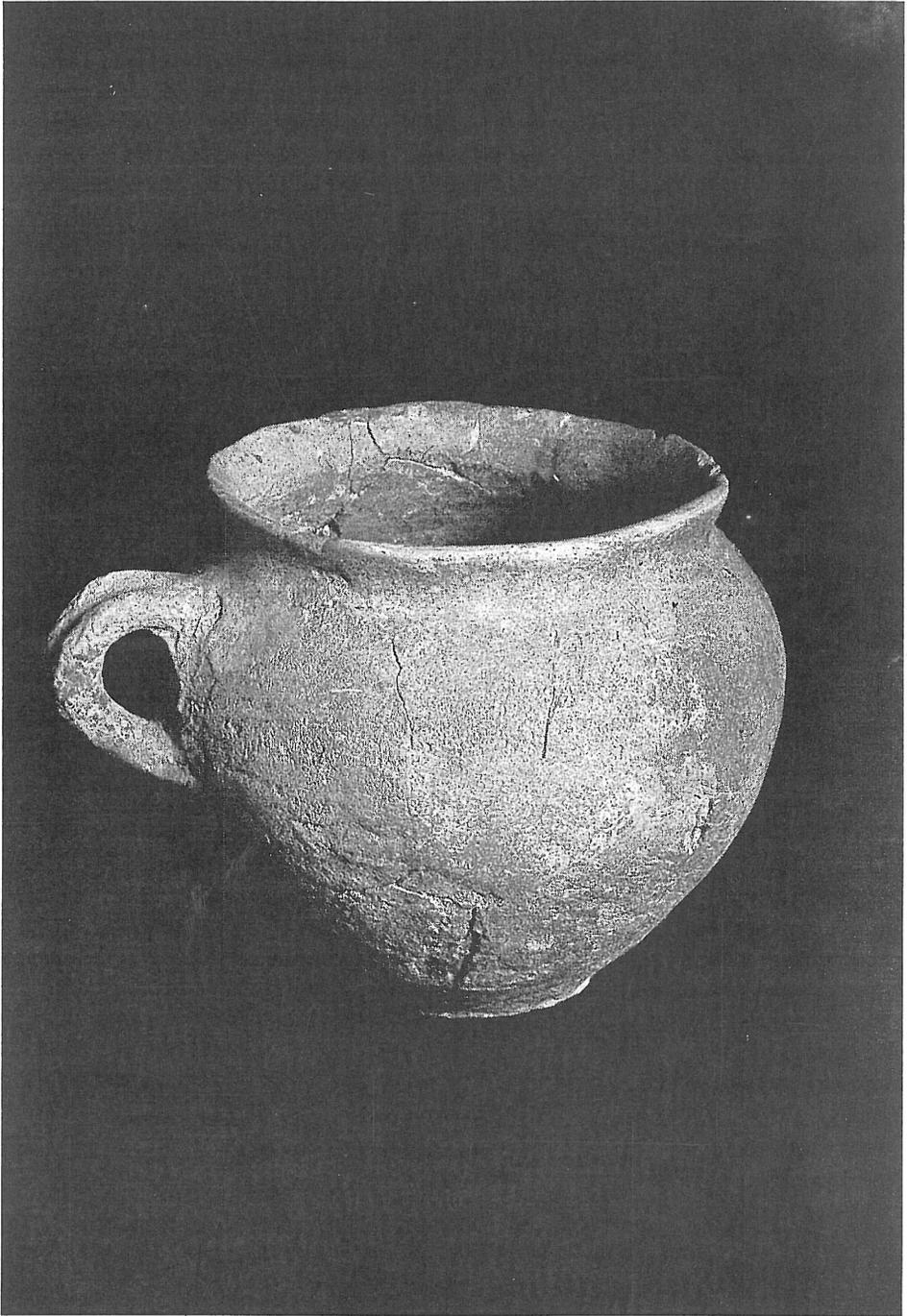


FIGURA 4. Olla a mano de Morro de Mezquitilla (Fuente: D. Sedeño)

A este respecto, cabe recordar que esta capacidad de resistencia podría argüirse también en el caso de las ollas a mano provenientes del Cerro de Peñón, donde algún fragmento conservaba aún en su superficie restos de metal (Keesmann, Niemeyer, 1989: 101-102), residuos evidentes de su utilización en labores metalúrgicas, o la olla a mano descubierta en el Cerro del Villar (Aubet, 1992: 304), que guardaba en su interior restos de pescado con claros signos de haber estado en contacto con las llamas, sin que sus excavadores aludan, en ningún caso, a su posible carácter fenicio.

Por todo ello, a nuestro juicio, no quedaría suficientemente explicada la existencia de otras ollas a mano que tienen la misma capacidad de resistencia al fuego, sin olvidar el resto de la cerámica fabricada con esta técnica, ya comentada, por lo que habría que asumir, cuando menos, que tanto los fenicios como los indígenas hicieron cerámicas a mano, al menos en lo concerniente a las ollas (figura 5), una forma por otra parte muy común y sencilla de producir. Este hecho, lejos de significar una fácil resolución del problema, lo complicaría aún más dado que, entonces, se haría necesario diferenciar unas de otras, algo que no parece nada fácil en el estado actual de la investigación.

Por otra parte, cabría recordar que determinadas formas cerámicas a mano de las que hemos ido repasando, como pueden ser sobre todo los cuencos carenados, aparecen también en los yacimientos fenicios, preferentemente en sus poblados, pero con una modificación técnica importante, como es su elaboración con un torno de alfarero, tratándose por lo general de vasos con tonalidades grises que imitan con toda claridad formas indígenas hechas a mano (Roos, 1982: 56; Caro, 1989: 192-193; López et alii, 1991: 987), y que tienen su mayor expansión justamente en el siglo VI a. C. (Aubet, 1992: 305; Arteaga et alii, 1992: 56), cuando los porcentajes de vasos fabricados a mano comienzan a disminuir de manera importante, según vimos anteriormente, por lo que cabría plantearse si no existe una relación directa entre ambos hechos, como han apuntado algunos investigadores (López et alii, 1991: 987).

Otras cerámicas a torno, bien turdetanas o ibéricas de fechas algo más recientes, han sido halladas en poblados y necrópolis de Cádiz (Fierro, 1990: 36-38), Málaga (Gran-Aymerich, 1991: 91), Jardín (Pereira, Rodero, 1983: 52-55) Cerro del Mar (Schubart et alii, 1969: 29-30), Mórro de Mezquitilla (Schubart, 1984: 101), Almuñécar, tanto en su zona de hábitat como en alguna de sus áreas de enterramiento (Molina et alii, 1982: 210; Molina, Huertas, 1985: 169; 1986: 115), Salobreña (Arteaga et alii, 1992: 60) y Villaricos (Siret, 1985: 80-81), con formas que incluyen ollas globulares, urnas de «orejetas perforadas», platos, cuencos, kalathos y caliciformes, con decoraciones grises, pintadas o estampilladas, así como alguna imitación de cráteras griegas, formas estas últimas que fueron usadas, muy a menudo, como urnas cinerarias en las necrópolis (Pereira, Sánchez, 1985: 87-88).

Otro de estos indicadores que proponemos podría ser también la existencia de algunas armas, como pueden ser las espadas, cascos, posibles escudos y puntas de lanza de hierro descubiertas sobre todo en áreas de enterramiento, muy en especial Villaricos (Siret, 1985: 82-83; Astruc, 1984: 196), la mayoría fechadas entre los siglos V y IV a. C., y que corresponden indudablemente bien a tipos ibéricos, caso de las conocidas falcatas, o célticos, como las espadas de antenas de La Tène II, si bien otras veces se hace difícil determinar su tipología exacta debido a su mal estado de conservación.

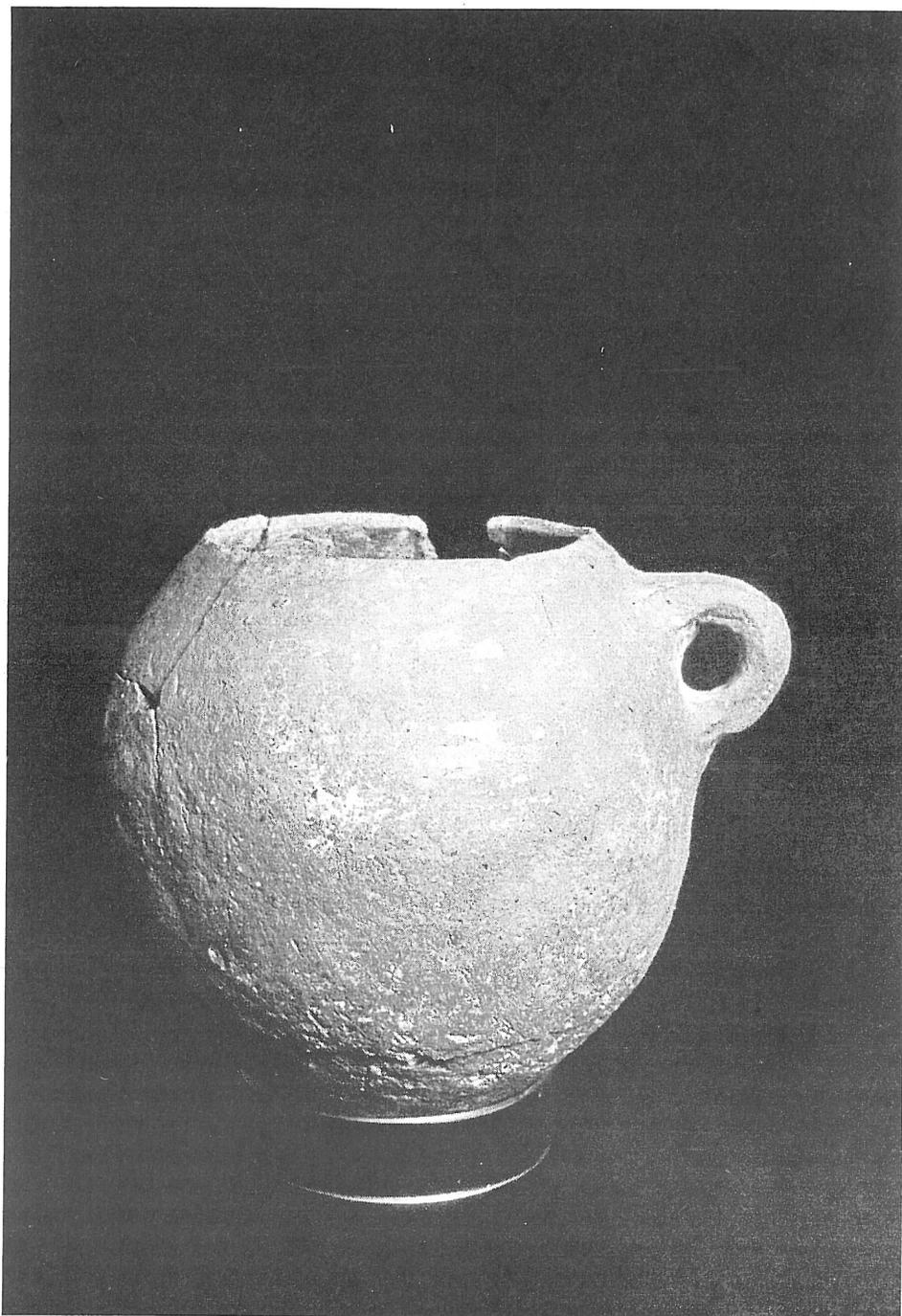


FIGURA 5. Olla a mano hallada en Almuñécar (Fuente: D. Sedeño)

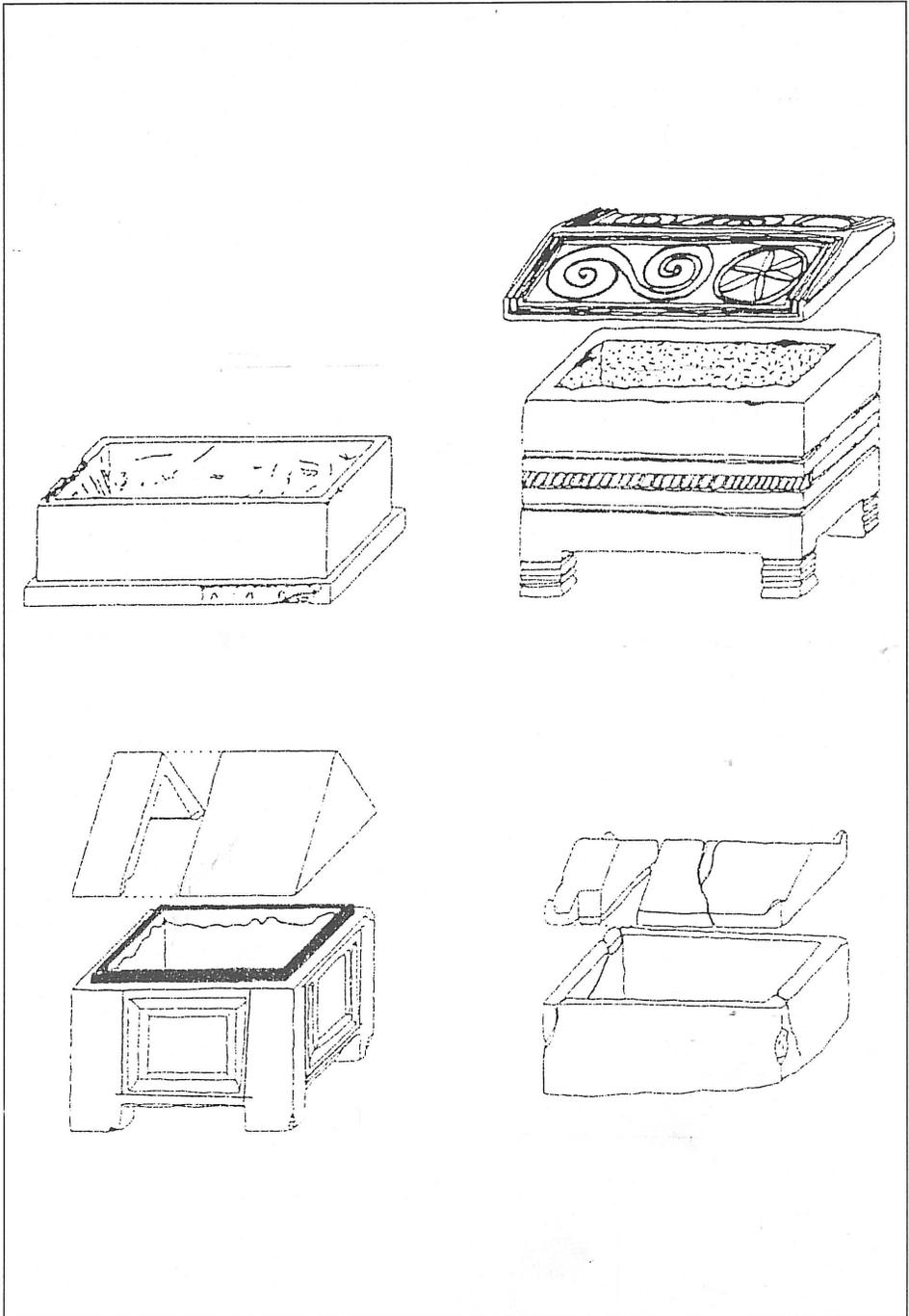


FIGURA 6. Cajas funerarias ibéricas de Villaricos (Fuente: A. Madrigal)

No queremos finalizar este apartado sin aludir a una serie de cajas funerarias de piedra, halladas en Villaricos (figura 6), las cuales se fechan entre los siglos IV y II a. C. (Madrigal, 1994: 118). Estas cajas se relacionan con otras documentadas en Andalucía oriental, donde se recogen las incineraciones ibéricas de elevado estatus social y económico (Almagro Gorbea, 1982: 118), aunque, como recuerda A. Madrigal (1994: 118), resulta complicado saber si se trata de enterramientos indígenas o bien de productos adquiridos por los fenicios como bienes de prestigio, sobre todo si tenemos en cuenta nuestro desconocimiento sobre los ajuares con que se acompañaban.

CONCLUSIONES

Hemos examinado una serie, creemos que relativamente amplia, de indicadores existentes en el registro arqueológico de los establecimientos fenicios en Andalucía conocidos hasta el presente, los cuales pueden vincularse, sin grandes problemas, con las poblaciones indígenas que habitaron este territorio.

Pensamos que existen elementos suficientes como para admitir la presencia de poblaciones indígenas conviviendo con los fenicios en sus asentamientos del litoral costero de Andalucía. Estos quedarían reflejados en el registro arqueológico por las fíbulas, el utillaje lítico, determinadas cerámicas a mano y a torno, el armamento, los recipientes rituales con asas de mano y las cajas funerarias, sin negar que una parte de estos objetos, imposible de cuantificar por ahora, pudo llegar a estos enclaves fenicios por vía del comercio con las comunidades indígenas establecidas cerca de los mismos, como pueden ser Vélez-Málaga (Gran-Aymerich, 1973: 78), Cerca Niebla-El Vado (Gran-Aymerich et alii, 1975: 170-189), o el hábitat, aún no localizado, de la necrópolis del Cortijo de las Sombras (Martín Ruiz et alii, 1996: 172-173).

Estos posibles indicadores, originarios en su mayor parte del área andaluza y, en menor medida, de la Meseta, corresponden principalmente a bienes que podríamos denominar de consumo o uso personal (fíbulas, cerámicas utilitarias...). También la mayor parte de la cerámica de tipología indígena hallada parece obedecer a formas destinadas al consumo diario, salvo las cerámicas pintadas tipo Carambolo y «orientalizantes», que muy bien pueden ser consideradas como elementos de prestigio (Murrillo, 1989: 154), con un contenido que se ha supuesto debe ser un producto valioso, como vino, miel, etc., al igual que las cajas funerarias de piedra, el recipiente ritual con asas de mano y los escasos vasos de Cogotas I hallados hasta la fecha, teniendo en cuenta que el armamento recuperado podría apuntar, en ocasiones, en esa misma dirección.

Algunos de estos indicadores sólo se encuentran en las necrópolis, como ocurre con los recipientes rituales, las cajas funerarias y el armamento, otros son localizados, hasta el presente, únicamente en sus poblados, en este caso las diversas clases de cerámicas hechas a mano (Cogotas I, bruñidas, tipo Carambolo, etc.), en tanto las restantes aparecen indistintamente en áreas de enterramiento y de hábitat: fíbulas, restos líticos (en períodos diferentes) y cerámicas a torno ibéricas.

A tenor de la documentación disponible, no parece en absoluto arriesgado sostener que, en el siglo VIII a. C., los fenicios compartieron sus instalaciones con habitantes de las comunidades indígenas, ya sea que éstas estuviesen asentadas allí previamente, o se desplazasen con tal motivo (Molina, 1978: 306; Ruiz, 1992: 295-296), de forma que no todos los yacimientos de carácter oriental se situaron sobre espacios deshabitados. Parece factible sostener un mantenimiento de estos contingentes humanos durante los siglos posteriores, como evidencian las sepulturas netamente ibéricas localizadas en puntos como Villaricos (Chapa et alii, 1993: 417-418), aunque no sabemos si sufrieron importantes oscilaciones con el tiempo.

Esbozar siquiera las principales características de la presencia indígena en estos yacimientos puede parecer bastante arriesgado, habida cuenta de lo poco que sabemos sobre el tema. Es difícil valorar la cuantía y características de este grupo en el seno de dichas comunidades, y será necesario que en futuras investigaciones se preste más atención a estos indicadores, así como a los diversos contextos en que aparecen.

Se ha apuntado la posibilidad de que los indígenas cumplieran un rol en estas comunidades como mano de obra con carácter temporal, es decir, fuerza de trabajo, sobre todo en actividades agrícolas (Alvar, González, 1988: 175 y 177-178), aun cuando para los citados autores estos trabajadores indígenas no convivirían con los fenicios, sino que habitarían en sus propios poblados, muy próximos, eso sí, a los núcleos de origen oriental, sin que el mestizaje entre ambos grupos fuese en absoluto importante, algo que no nos parece nada fácil de aceptar, habida cuenta que nos presentan estas sociedades, en especial la fenicia, como sociedades cerradas, lo que no parece corresponderse con la realidad.

Mayor crédito merece, a nuestro juicio, la hipótesis formulada por aquellos investigadores que defienden la presencia indígena dentro de estos poblados fenicios o, cuando menos, no la niegan a priori, para quienes trabajarían como mano de obra no cualificada, en labores agrícolas y ganaderas (Aubert, 1991: 73; López et alii, 1991: 987-988). De cualquier forma, seguimos sin saber casi nada sobre estas cuestiones, en parte porque hasta hace poco se negaba incluso esta posibilidad, idea que parece difícil seguir manteniendo.

Por otra parte, y aunque tenemos muy pocos datos al respecto, creemos que quizás no deba excluirse por completo la posibilidad de que los elementos de prestigio ya comentados puedan evidenciar una presencia directa, no sólo mano de obra escasamente cualificada, sino también de personas que gozan, cuando menos, de la posición de hombres libres, en particular en lo que atañe a los siglos V y IV a. C., sobre todo si consideramos que en la sociedad ibérica el armamento, que aparece en algunas tumbas de Villaricos, parece ser un símbolo del guerrero (Ruiz, Molinos, 1993: 223-228), aun cuando es éste un aspecto que debemos valorar con suma prudencia, pues aparece igualmente en enterramientos menos destacados (Quesada, 1993: 459).

No deja de ser interesante, a este respecto, constatar el hallazgo de una fibula de doble resorte en una de las cámaras de Trayamar, representativas de los enterramientos más suntuosos de la sociedad fenicia. Tampoco cabría olvidar el extremo interés e importancia que tendría para los fenicios el relacionarse, cuando no unirse, con estos sectores dirigentes indígenas. Así, la posibilidad de matrimonios mixtos entre estos grupos de no productores, como harían más tarde los Bárcidas en el siglo III a. C., tanto Asdrú-

bal como Aníbal, aunque por supuesto bajo parámetros muy diferentes, no debería excluirse en absoluto.

Así pues, parece bastante factible pensar que esta presencia indígena se llevaría a cabo mediante el aporte de mano de obra y la composición de matrimonios mixtos, incluyendo quizás algún personaje de una mayor importancia. No sabemos bien cómo se conformaba la tripulación de los navíos fenicios que participaron en esta empresa colonizadora. Podemos suponer que la mayor parte estaría compuesta por hombres, pero no podemos descartar que, sobre todo tras los primeros momentos, emigrasen también familias completas. Aun así, el componente masculino debió ser predominante, lo que favorecería la incorporación de mujeres indígenas. Ello se traduciría en la presencia de mestizos, descendientes de estos matrimonios mixtos, quienes podrían habitar también en estos asentamientos.

Como vemos, es muy poco lo que sabemos acerca de la posible presencia de elementos poblacionales tartésicos e ibéricos en los asentamientos fenicios de Andalucía. En lo sucesivo será necesario prestar una mayor atención a estos ítems arqueológicos, así como a sus contextos, y emprender una cuantificación de los mismos a fin de determinar su porcentaje exacto a lo largo de los siglos, teniendo siempre en consideración el total de hallazgos efectuados en cada yacimiento.

Del mismo modo, sería de gran interés examinar la relación de estos objetos con la edad y, sobre todo, el sexo de los individuos enterrados en sus necrópolis, de tal forma que podamos determinar en el futuro la composición de estos contingentes poblacionales, intentando discernir si existen posibles agrupaciones familiares de carácter mixto, algo que resulta mucho más difícil de determinar en los asentamientos. También podría ser útil al respecto un acercamiento al estatus socioeconómico de estos individuos, aspecto que hasta el presente no ha merecido la suficiente atención entre los investigadores dedicados al mundo fenicio, lo que nos ayudaría a discernir su posición en la jerarquía social dentro de esta comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO GINER, C., (1983), «Fragmentos textiles del sarcófago antropomorfo femenino de Cádiz», en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, Madrid, vol.II, pp.281-289.
- ALMAGRO GORBEA, M., (1982), «Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos», en *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, pp. 251-257.
- ALMAGRO GORBEA, M. J., (1984), *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78*, E.A.E., nº 129, Madrid.
- ALVAR EZQUERRA, J.; GONZÁLEZ WAGNER, E. C., (1988), «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica», *Gerión*, 6, Madrid, pp. 169-185.
- ARTEAGA, O.; NAVAS, J.; RAMOS, J. F.; ROOS, A. M., (1992), *Excavación de urgencia en el Peñón de Salobreña*, Ayuntamiento de Salobreña, Salobreña.
- ARRIBAS, A.; ARTEAGA, O., (1975), *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)*, Univ. de Granada, Granada.
- ASTRUC, M., (1951), *La necrópolis de Villaricos*, M.J.S.E.A., núm. 25, Madrid.
- AUBET SEMMLER, M. E., (1982), «Cerámicas policromas con motivos figurados de Setefilla (Sevilla)», en *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, pp. 213-225.
- (1991), «Nuevos datos arqueológicos sobre las colonias fenicias de la bahía de Málaga», en *Lixus. Actes du colloque du Rabat*, Roma, pp. 71-78.
- (1992), «Proyecto Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga): estudio de materiales 1990», *A.A.A./90*, Sevilla, vol.II, pp. 304-306.
- AUBET SEMMLER, M. E.; MAASS-LINDEMANN, G.; SCHUBART, H., (1979), «Chorreras. Un establecimiento fenicio al este de la desembocadura del Algarrobo», *N.A.H.*, 6, Madrid, pp. 91-138.
- AUBET, M. E.; CARULLA, N., (1987), «El asentamiento fenicio del Cerro del Villar (Málaga): arqueología y paleogeografía del Guadalhorce y de su hinterland», *A.A.A./86*, Sevilla, vol.II, pp. 425-430.
- BARCELÓ, J. A.; DELGADO, A.; FERNÁNDEZ, A.; PÁRRAGA, M., (1995), «El área de producción alfarera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», *R.S.F.*, XXIII, 2, Roma, pp. 147-182.
- BLANCO, F.; FLORIDO, M. L.; COBOS, L.; CIBÓN, J. F.; MOLINA, M., (1995), *Control arqueológico en solar c/ Concepción Arenal*, informe depositado en la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía en Cádiz, Cádiz.
- BUERO MARTÍNEZ, M. S., (1984), «Los motivos naturalistas en la cerámica a mano pintada del Bronce Final del Suroeste peninsular», *Habis*, 15, Sevilla, pp. 345-364.
- CARO BELLIDO, A., (1989), *Cerámica gris a torno tartesia*, Univ. de Cádiz, Cádiz.
- CHAPA BRUNET, T.; PEREIRA SIESO, J.; MADRIGAL BELINCHÓN, A., (1993), «Mundo ibérico y mundo púnico en la Alta Andalucía», en *Actas do I Congresso de Arqueologia Peninsular*, Porto, vol.II, pp. 411-422.
- CORZO SÁNCHEZ, R., (1992), «Topografía y ritual en la necrópolis de Cádiz», *Spal*, I, Sevilla, pp. 263-292.
- CUADRADO DÍAZ, E., (1963), *Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica*, T.S.H.P.H., Madrid.
- CULICAN, W., (1972), «Phoenicians Remains from Gibraltar», *The Australian Journal of Biblical Archaeology*, I, V, Sydney, pp. 110-145.
- FIERRO CUBIELLA, J. A., (1990), «Cerámica turdetana en Cádiz», *Revista de Arqueología*, 114, Madrid, pp. 34-40.
- GASULL, P., (1982), «Los soportes del Bajo Guadalquivir: intento de clasificación», *M.M.*, 23, Mainz am Rhein, pp. 62-95.
- GRAN-AYMERICH, J. M. J., (1973), «Recientes excavaciones en Vélez-Málaga», *Jábega*, IV, Málaga, pp. 74-79.
- (1991), «Le secteur du théâtre au pied de l'alcazaba: documentation archéologique. Les matériaux d'e-

poque phénicienne et punique», en *Málaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles, 1981-1988*, Paris, pp. 57-92.

GRAN-AYMERICH, J. M. J.; GRAN-AYMERICH, E.; SAADE, W., (1975), «Cerca Niebla-El Vado, 1972. Excavaciones arqueológicas sobre el curso inferior del río Vélez en la provincia de Málaga», *N.A.H.*, 3, Madrid, pp. 141-189.

HARDEN, D., (1985), *Los fenicios*, ed. Orbis, Barcelona.

KEESMANN, I.; NIEMEYER, H. G., (1989), «Un centro primitivo de la elaboración del hierro en la factoría fenicia de Toscanos», en *Minería y metalurgia en las antiguas sociedades mediterráneas y europeas*, Madrid, vol.I, pp. 99-108.

LÓPEZ CASTRO, J. L.; CARRILERO, M.; SUÁREZ, A.; AGUAYO, P.; SAN MARTÍN, C.; GARCÍA LÓPEZ, J. L., (1991), «La colonización fenicia en Abdera: nuevas aportaciones», en *Acti del II Congr.Int. di St. Fen. e Pun.*, Roma, vol.III, pp. 981-989.

MADRIGAL BELINCHÓN, A., (1994), «Cajas funerarias ibéricas de piedra en Andalucía oriental», en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, vol.III, pp. 113-120.

MARTÍN RUIZ, J. M., (e.p.), «Cerámica a mano en los yacimientos fenicios de Andalucía», en *Actas del IV Cong. Int. de Est. Fen. y Pún.*, Cádiz, 1995.

MARTÍN RUIZ, J. M.; MARTÍN RUIZ, J. A.; ESQUIVEL GUERRERO, J. A., (1996), «Análisis arqueológico y estadístico de la necrópolis del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)», en *Historia antigua de Málaga y su provincia*, ed. Arguval, Málaga, pp. 167-176.

MARTÍN RUIZ, J. A., (1995), *Catálogo documental de los fenicios en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla.

MOLINA FAJARDO, F., (1983), «El Bronce Final y la colonización fenicia», en *Almuñécar. Arqueología e Historia*, Granada, pp. 21-34.

-(1984), «Nuevos hallazgos fenicios en Almuñécar», en *Almuñécar. Arqueología e Historia*, II, Granada, pp. 89-120.

-(1987), «Informe sobre la excavación sistemática realizada en el yacimiento arqueológico Cueva de Siete Palacios (Almuñécar-Granada)», *A.A.A./86*, Sevilla, vol.II, p. 366.

MOLINA FAJARDO, F.; RUIZ FERNÁNDEZ, A.; HUERTAS JIMÉNEZ, C., (1982), *Almuñécar en la antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*, Granada.

MOLINA FAJARDO, F.; HUERTAS JIMÉNEZ, C., (1985), *La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*, II, Granada.

-(1986), «Excavaciones de urgencia en el solar del Palacete del Corregidor», en *Almuñécar. Arqueología e Historia*, Granada, pp. 105-130.

MOLINA, F.; ARTEAGA, O., (1976), «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», *C.P.U.G.*, 1, Granada, pp. 175-214.

MUÑOZ VICENTE, A., (1995-96), «Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: un análisis cronoespacial tras quince años de investigación arqueológica», *Bol. Museo de Cádiz*, VII, Cádiz, pp. 77-105.

MURILLO REDONDO, J. F., (1989), «Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante», *C.P.A.C.*, 16, Castellón de la Plana, pp. 149-167.

NIEMEYER, H. G., (1982), «El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación 1964-1979», *H.A.*, VI, Huelva, pp. 101-127.

NIEMEYER, H. G.; BRIESE, C.; BAHNEMANN, R., (1988), «Die untersuchungen auf dem Cerro del Peñón», en *Forschungen zur Archäologie und Geologie im Raum von Torre del Mar 1983/84*, Mainz am Rhein, pp. 155-171.

PACHÓN, J. A.; CARRASCO, J.; ANÍBAL, C., (1989-90), «Decoración figurada y cerámicas orientalizantes. Estado de la cuestión a la luz de los nuevos hallazgos», *C.P.U.G.*, 14-15, Granada, pp. 209-272.

PELLICER CATALÁN, M., (1963), *Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*, E.A.E., nº 17, Madrid.

PERDIGONES MORENO, L.; MUÑOZ VICENTE, A.; TROYA PANDURO, A., (1987), «Excavaciones de urgencia en un solar de la calle ciudad de Santander esquina Avda. Andalucía (Cádiz)», *A.A.A./86*, Sevilla, vol.III; pp. 41-44.

- PEREIRA SIESO, J.; RODERO RIAZA, A., (1983), «Aportaciones al problema de las urnas de orejetas perforadas», en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, Madrid, vol.III, pp. 47-56.
- PEREIRA, J.; SÁNCHEZ, C., (1985), «Imitaciones ibéricas de vasos áticos en Andalucía», en *Cerámiques greques i helenístiques a la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 87-100.
- QUINTERO ATAURI, P., (1918), *Excavaciones en extramuros de la ciudad de Cádiz. Memoria acerca de los resultados obtenidos en 1917*, J.S.E.A., núm. 4, Madrid.
- (1933), *Excavaciones en Cádiz. Memoria de los trabajos realizados en dichas excavaciones*, J.S.E.A., núm. gral. 122, Madrid.
- QUESADA SANZ, F., (1993), «Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares», en *Homenaje a José M^º Blázquez*, Madrid, vol.II, pp. 446-466.
- RAMOS SÁINZ, M. L., (1986), *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*, Univ. Autónoma, Madrid.
- RECIO RUIZ, A., (1990), *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga)*, Málaga.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J., (1975), «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *A.E.A.*, XLVIII, Madrid, pp. 3-21.
- ROOS, A. M., (1982), «Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica», *Ampurias*, XLIV, Barcelona, pp. 43-70.
- RUIZ DELGADO, M. M., (1988), «La fibula de doble resorte en Andalucía. (II): aspectos mecánicos, origen y difusión», *Habis*, 18-19, Sevilla, pp. 515-530.
- RUIZ MATA, D., (1984-85), «Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final I -estilo Carambolo o Guadalquivir I-», *C.P.A.C.*, 11-12, 1, Castellón de la Plana, pp. 225-243.
- (1992), «La colonización fenicia en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca», *A.A.A./90*, Sevilla, vol.II, pp. 291-300.
- (1995), «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico», en *Tartessos 25 años después 1968-1993. Actas del Cong. Conmemorativo del V Symp. Int. de Preh. Pen.*, Jerez de la Frontera, pp. 265-313.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS MOLINOS, M., (1993), *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, ed. Crítica, Barcelona.
- SCHUBART, H., (1979), «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones 1976», *N.A.H.*, 6, Madrid, pp. 177-218.
- (1984), «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981 en el Morro de Mezquitilla cerca de la desembocadura del río Algarrobo», *N.A.H.*, 19, Madrid, pp. 87-101
- (1985), «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo», *N.A.H.*, 23, Madrid, pp. 143-174.
- (1990), «Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz)», *A.A.A./87*, Sevilla, vol.II, pp. 200-227.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H. G.; PELLICER, M., (1969), *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez*, E.A.E., nº 66, Madrid.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H. G., (1976), *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, E.A.E., nº 90, Madrid.
- SCHUBART, H.; MAASS-LINDEMANN, G., (1984), «Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río de Vélez. Excavaciones de 1971», *N.A.H.*, 18, Madrid, pp. 39-205.
- (1995), «La necrópolis de Jardín», *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, I, Barcelona, pp. 55-213.
- SIRET, L., (1985), *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Madrid.
- URREICH, H.; NEGRETE, M. A.; PUCH, E.; PERDIGONES, L., (1990), «Cerro del Prado. Die ausgrabungen 1989 im schutthang der phönizischen ansiedlung an der Guadarranque-mündung», *M.M.*, 31, Mainz am Rhein, pp. 194-250.